

REVOLUCIÓN

Decurso y ocaso de la utopía

Stalin, en su despacho en abril de 1932.

✪ JAMES ABBE-EFE

A mitad del año diecisiete de este veintio, al que no acabo de hacerme y en el que me siento forastero, no había reparado aún en la emblemática fecha. Así que está muy bien el recordatorio en verso 'Los ritmos rojos del siglo en que nació. Un cuento triste' (Hiperión) por parte de Jesús Munárriz. Ya se ve por el título que su análisis, sensato y reflexivo, arranca con la Revolución de Octubre, pero va más allá, hasta trazar una radiografía de nuestro tiempo.

El largo poema-libro, con proemio que baliza la historia de Occidente desde el año de la Revolución Rusa –los diez días que estremecieron al mundo de John Reed– hasta nuestros días, con el sangriento y sanguinario siglo XX de por medio y epílogo que, en torno a la desigualdad entre pobres y ricos, coteja las perspectivas cristiana y marxista, comienza con la visión del primer período revolucionario ilusionante –no para todos, recordemos el libro que también comentamos en su día de Ivan Bunin, a quien cita Rolin, diario en directo de los desmanes y consecuencias del fervor bolchevique–, el asalto a los cielos y la propaganda internacional de la buena nueva del proletariado triunfante y el fin de la injusticia secular, no sin entablar feroz batalla en todos los frentes con quienes en modo alguno querían perder sus privilegios, lo que provocó contrarrevoluciones y guerracivilismos de clases, para desembarcar tras las matanzas en totalitarismos de todo signo. Luego, aborda la transformación de la URSS en una dictadura burocrática y fábrica de

exterminio con una maquinaria policiaca bajo siglas sucesivas: CHEKA, GPU, OGPU, NKVD y KGB; la guerra fría de los bloques divididos por el Telón de Acero, la caída del Muro y la globalización y su ingeniería financiera actuales, siempre con la iniquidad dominante y la codicia como banderas. No olvida, entre medias, las advertencias caídas en sacro roto de Hölderlin o Adorno, a los poetas aniquilados por el camino o el papanatismo del arte contemporáneo con Duchamp a la cabeza, por caso.

El libro está en su línea realista, incluso del lado de la difícil suerte de la 'poesía de circunstancias' –a este respecto, he recordado aquel poema en

el que un ruso le ponderaba la blandura de la represión franquista frente a la del comunismo soviético–, se ciñe a los hechos, a pesar de los pesares con esperanza y convencimiento, desde una perspectiva moral, crítica e irónica, satírica y comprometida, que me ha traído a la cabeza, por el lado del 'cuento' del título además, a su admirado y traducido Heinrich Heine. De su proverbial dominio métrico y rítmico dan ya buena cuenta los cinco primeros versos: un eneasilabato de su agrado por lo andarrín, dos alejandrinos con cesura y hemistiquios, un heptasilabo y un endecasílabo en cuya variedad y complejidad es virtuoso.

En artículos anteriores hemos glosado aquí numerosos y escalofriantes testimonios directos y relatos autobiográficos del Gulag. A veces, la investigación documentada en forma de ficción, como sucede en 'El meteorólogo' (Libros del Asteroide) de Olivier Rolin puede alcanzar el mismo grado no sólo de verosimilitud, sino de verdad. Al modo de Carrère, Rolin reconstruye, en un alarde narrativo y con sabroso estilo, la existencia desde sus orígenes ucraniano hasta su ejecución, tras ser deportado en el 34, en el hermoso archipiélago de las Solovki –donde coincidió, entre otros, con el increíble matemático místico Pavel Florenski, asesinado en un campo de trabajo, de quien también hablamos en su día a cuenta de 'El nombre del infinito'–, de Alekséi Vangengheim, cartógrafo de los campos magnéticos, los vientos, las aguas y el sol al punto de ser un precursor de las energías eólica y solar, director del Servicio Hidro-

En el fondo, el poemario de Munárriz aborda la naturaleza y estragos de lo utópico

meteorológico del presunto paraíso de los soviets, pionero de la conquista espacial, representante de la URSS en la Comisión Mundial para el estudio de las nubes, creador de la Oficina del Tiempo con fines agrícolas... toda una ejecutoria enfocada al servicio del socialismo.

La narración levanta acta de «la vida y la muerte de este hombre destinado a la observación apacible de la Naturaleza y al que la furia de la Historia destruirá». La historia de una de entre los millones de víctimas del comunismo soviético, engrasado durante el estalinismo hasta constituir «la formidable máquina de matar» que era también «una máquina de borrar la muerte». Rolin contempla de paso cómo el oro de la nueva humanidad liberada de las cadenas que iba a resultar de la «construcción del socialismo» se hizo plomo asesino. Precisamente en el lugar del «asesinato en masa del ideal», la terrorífica Lubianka, cayó el meteorólogo tras ser arrestado por las habituales acusaciones fantasmales, al cabo confesadas en la línea kafkiana de los Procesos de Moscú: contrarrevolucionario, espía, saboteador y enemigo del pueblo. El horror.

En la exquisita edición se reproducen a color, como apéndice, dibujos de bayas, plantas, animales y fenómenos naturales de las lejanas, fronterizas con Finlandia, Solovki y herbarios geométricos y aritméticos reproducidos de entre las cartas que Vangengheim mandaba a su hija Eleonora, reputada paleontóloga, que publicó un álbum memorial –cuya correspondencia es la base del libro de Rolin– dedicado a su padre, fiel entusiasta del proceso revolucionario hasta el final, a quien apenas conoció, pues lo detuvieron arbitrariamente cuando ella tenía cuatro años.

En el fondo, el poemario de Munárriz aborda la naturaleza y estragos de lo utópico: «No hay tierra firme para la utopía» dice uno de sus templados endecasílabos. De la misma manera que con buenas intenciones suelen hacerse malos poemas, da la impresión de que las ideas cuanto más igualitarias y fraternales sean antes desaguan y se enfangan en la arbitrariedad, la vesania y lo atroz. También Rolin acometió el declive de las utopías en 'Tigre de papel'. En otra isla, Hiddensee, de la RDA, pero cercana a Dinamarca, no a Finlandia, a punto de desmoronarse el Muro, se desarrolla 'Kruso' (Anagrama), la primera novela del alemán Lutz Seiler, al parecer poeta renombrado.

El protagonista, tal vez, por la referencia a su gris ciudad natal, trasunto del autor, que memoriza los textos como si los fotocopiara, huye a la citada isla del Báltico donde se siente un desecho humano mientras merodea en busca de un curre para sobrevivir, hasta que consigue colocarse como

UN
ÁNGULO
ME BASTA

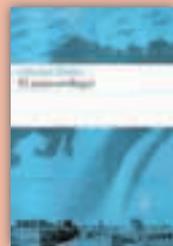
FERMÍN
HERRERO





**LOS RITMOS
ROJOS DEL SIGLO
EN QUE NACÍ. UN
CUENTO TRISTE**

Jesús Munárriz, Hiperión,
70 pp., 10 €.



**EL
METEORÓLOGO**

Olivier Rolin, Libros del
Asteroides, 208 pp., 18,95 €.



KRUSO

Lutz Seiler, Anagrama,
480 pp., 22,90 €.



**EL ENFERMERO
DE LENIN**

Valentín Roma, Periférica,
272 pp., 18, 90 €.

friegaplatos en un restaurante. Allí trabaja también estacionalmente el inquietante y carismático personaje rusoalemán que da título a la narración, medio Cruso medio Noé, cabecilla in pectore y aglutinador de la cuadrilla, comunidad dispar de prófugos en potencia del comunismo, hippies y punkis, no se sabe si organizada o no, de naufragos del mundo que conviven en una especie de república libre y escondite para reencontrarse a sí mismos, en la que Kruso, acaso poeta, predica la utopía siguiendo a Tomás Moro, a la vez que, frente al agotamiento o la muerte, corren el riesgo de las desertiones, las detenciones indiscriminadas y las desapariciones.

Es una novela ambiciosa, muy bien trabada, con pretensiones de total, aunque un tanto claustrofóbica. La tercera persona omnisciente, salpicada de fragmentos diarísticos, permite bucear con gran penetración psicológica en los personajes, tampoco se sabe si ennoblecidos o abotargados por la belleza insular en la que flota la respuesta del viento dylaniano. Se quedan en la memoria Ed, el protagonista, hipnotizado por el mar o picando cebollas, Kruso haciendo leña o ahuyentando a los topos, entre numerosas referencias literarias, pues aparte del evidente guiño argumental robinsoniano y de Trakl, de quien Ed está haciendo la tesis cuando escapa de la vida anodina y del dolor por la muerte de su novia, se convoca a Novalis, Hauptmann, Bloch, Artaud, Castaneda, Rousseau, Gadda, Musil, Camus, Kleist..., menudo elenco.

La Revolución Rusa no fue para muchos entusiastas, so-

bre todo intelectuales, contra toda esperanza y evidencia, sino la utopía haciéndose realidad. Pero Rolin cita, en torno al lugar donde fue asesinado el meteorólogo, a Julius Margolin: «Los convoyes se sucedían en los bosques de Onega, en la dulce Francia o en América del Sur, poetas proletarios componían cantos henchidos de emoción sobre el país de los soviets». En nuestro idioma Alberti o Neruda dedicaban gorgoritos al padrecito Stalin. Pero lo cierto es que después de aquella ignominia la utopía parece liquidada para siempre urbi et orbi.

Queda la nostalgia. Quizá a eso se deba que el padre de Valentín Roma, a consecuencia de una operación por perforación intestinal, de forma inexplicable, asegurara ser Lenin, perturbación transitoria que le duró tres semanas, durante las que transcurre la narración de su hijo, 'El enfermero de Lenin' (Periférica), un experimento muy original que alterna una suerte de diario del acompañamiento y cuidado del paciente con catas exegéticas en la biografía de Vladimir Ilich Uliánov, recuerdos de escenas y peripecias personales, introspecciones a tumba abierta, noticias curiosas, esgrimas dialécticas marxista-leninistas con su progenitor, juegos postales con preguntas enigmáticas, brujuleos por internet, elucubraciones varias y comentarios de libros, pues como en Seiler su humus de escritura es literario, sólo hay que ver los escogidos autores que cita. El montaje de este material vario y el estilo son hartos sorprendentes y valiosos. Roma va a ser un narrador a tener en cuenta, sin duda.